

## **“Jamás dudes en dar”**

Pseudónimo: One-Fifty

Llovía. Llovía bastante. Recuerdo que mi hermano y yo temíamos que el río que se formaba en la calle de mi casa no nos dejara salir a visitar a mi abuela esa tarde. Hacía mucho tiempo que no veíamos tanta agua caer del cielo. “Vámonos hijos que hay que ir a ver a su abuela” nos dijo mi madre. Nosotros hicimos caso aunque con miedo de que el agua nos fuera a comer. Nos subimos a la camioneta de mamá y salimos hacia la calle. Se batallaba para avanzar y se escuchaba el agua debajo del chasis del vehículo. “Mami nos vamos a quedar” le decíamos mi hermano y yo, pero su voz siempre nos dio la seguridad que necesitábamos.

Ya en el boulevard había otros carros andando lento. Todos tenían lugares a donde ir, tal vez venían o iban a trabajar, tal vez se dirigían a sus casas. “No me puedo imaginar la gente que no tiene un techo donde guardarse” nos dijo mi madre, pero nuestra mente inmadura no nos permitía ponernos en los zapatos de los demás. Gracias a Dios a esa edad no habíamos tenido que vivir algo como ello.

Cerca de la casa de mi abuela y bajo el tremendo aguacero estaba una figura cubierta caminando por la banqueta. No estaba tan lejos, y podíamos ver que se le dificultaba. Llevaba también un bulto que en sus brazos. Sin pensarlo mamá se detuvo y preguntó: “¿a dónde va señora?”. La figura se detuvo. En efecto, era una señora, y supongo que las madres pueden detectar a otras, pues la señora llevaba un niño en brazos. La señora respondió pero no lográbamos escucharla por las abundantes gotas que rompían contra la acera. Sin dudar mi madre le hizo la seña de que entrara a la camioneta. “Vénganse aquí adelante niños” nos dijo a nosotros, y eso hicimos. La señora abrió la puerta trasera y se sentó. “Tápese oiga, allí esta atrás una colchita que usamos para los viajes, agárrela” le dijo mi madre. La mujer estaba sucia, mojada, fría y descalza, pero siempre trato de mantener seguro a su niño y fue a él al que envolvió en la colcha seca. “¿A dónde la llevo?” pregunto mi madre. La señora respondió que a la colonia obrera. Nosotros no sabíamos dónde estaba en ese entonces, pero después supimos que desde nuestra casa hasta allá se hacen 15 sin tráfico y sin lluvia.

No chistó en llevarla. Nosotros íbamos callados en el asiento de adelante, teníamos calor por la calefacción que encendió mamá, y veíamos al niño que llevaba en sus brazos.

Llegamos e incluso la acompañó a su casa. Mojada y todo, mi madre sonreía. Por el retrovisor vimos a la mujer que se despedía, y no lo vimos, pero sabemos que ella también sonreía.

“Jamás se detengan a dar de lo que tienen a los demás niños” nos dijo, aunque ellos no puedan regresárselo, la vida algún día lo hará.

Jamás he vuelto a ver a esa señora deambular por las calles de la ciudad, o probablemente no la reconozca, pero lo que mi madre mostró ese día fue la solidaridad con nuestro prójimo, nuestro vecino, nuestra propia especie. Y tengo por seguro, que esté donde esté, esa persona lo recuerda, y sonrío. Al cesar la lluvia, el día es más brillante.